



bam
bú

AMÉRICA

«El celebrado regreso
de una historia preciosa
y magistralmente escrita.»
The Herald

*El gigante
bajo la nieve*
John
Gordon

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S.A.

Título original: *The Giant Under the Snow*

© del texto, John Gordon, 1968
© de la traducción, Roser Vilagrassa Sentís, 2011
© de la ilustración de cubierta, Martín Tognola, 2011
© de esta edición, Editorial Casals, S.A., 2011
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambuamerica.com

Coordinación de la colección:
Jordi Martín Lloret
Diseño de la colección:
Nora Grosse, Enric Jardí

Tercera edición: diciembre de 2013
ISBN: 978-84-8343-224-2
Depósito legal: B-13691-2012
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S.A.
Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

I	La mano	11
II	El perro invisible	27
III	La teoría	39
IV	Una sombra en la galería	53
V	Tres tontos en medio de la niebla	67
VI	Los hombres de piel	77
VII	En el interior de la casa	89
VIII	El regalo de Elizabeth	103
IX	Cercados	117
X	Vuelo nocturno	129
XI	La casa de Elizabeth	137
XII	El rescate	149
XIII	El escondrijo	159
XIV	La torre	167
XV	La llamada nocturna	177
XVI	El pasaje de Scrapeshins	191
XVII	El Hombre Verde	199
XVIII	El día de Navidad	215
XIX	La recompensa	223



Capítulo I

La mano

Era un día frío y lluvioso de diciembre. No podía ser peor para un día en el páramo. Las nubes estaban tan bajas que parecía que arrastraran la neblina entre las copas de los árboles, y a las tres y media ya había oscurecido en el bosque.

Jonquil Winters dejó atrás los árboles para cruzar el monte. Los demás eran todos unos bobos, Bill Smith incluido, que jugaban a lanzarse piñas como críos. Se alegraba de alejarse de ellos.

Hacía un rato que no llovía, cuando las primeras gotas de otro chaparrón empezaron a golpetear la fronda. Seguramente el grupo entero habría echado a correr hacia el autobús. ¿Que iba demasiado arreglada para la ocasión? ¿Cómo la había llamado esa niña? ¡Daba igual! Sus zapatos, esos «zapatos inapropiados» (apretó los dientes al pensar en la cara de la señorita Stevens al decírselo), estaban mojados por dentro y por fuera. La punta de uno estaba toda arañada. ¡Perfecto! Jonquil abrió el abrigo para que la lluvia acabara de empaparla. El abrigo nuevo, sus mejores jeans, todo...

Un bosquecito bastante apartado de otros árboles se alzaba en medio del brezal. Pensaba ir hasta allí, y regresaría al

autobús cuando le viniera en gana; nada la detendría. Movi6 la cabeza a ambos lados para tirar del pelo que se le habia quedado atrapado en el cuello del abrigo. Luego mir6 hacia arriba, hacia la lluvia.

El autobús que los habia llevado al páramo quedaba oculto tras el bosque que estaba detrás de ella. Entonces son6 la bocina: hora de volver. Jonquil estaba absorta contemplando el bosquecito. Era compacto y redondo, como un templo pequeño. Se acercaría y lo rodearía con calma, y los demás, que esperaran.

Bill Smith tropez6 con un hongo que formaba una falda de volantes carnosos en un árbol muerto.

—No me extraña —dijo.

Arthur Minnet, un chico rubio, delgado y pulcro, estaba de pie a su lado.

—¿Qué es lo que no te extraña?

—No me extraña que los hongos sean venenosos.

—No todos. Los champiñones no lo son.

Bill era un poquito más alto que su amigo, tenía el pelo oscuro y, aunque vestía ropa más a la moda, una vez que la compraba, daba la impresión de que iba vestido con descuido.

—Has vuelto a entenderme mal —reproch6 a su amigo—. Digo que este parece venenoso.

—La cuestión es —dijo Arthur— si te mueres o no al comértela.

El conductor del autobús volvi6 a tocar la bocina. En el brezal sonaba débil y lejana, como esas sirenas de niebla que se oyen al anochecer, cuando ya no queda nadie en la playa. Jonquil Winters se estremeci6. En la extensión de helechos muertos del bosque no se movía nada.

En ese preciso momento, la señorita Stevens estaba preguntando si alguien había visto a Winters. Pero nadie la había visto. La maestra se dirigió al señor Roberts con los labios apretados.

—Si es que no tendríamos que haber venido —le dijo.

—No sé —respondió el señor Roberts, que no quería discutir.

Él había organizado la excursión al páramo, habitado siglos atrás por un pueblo del que aún quedaban vestigios... si uno era capaz de hallarlos, claro.

—Este sitio tiene algo especial incluso ahora —añadió.

La señorita Stevens dio media vuelta.

¿Y ahora qué? Del ala blanda del sombrero del señor Roberts caía un hilito de agua, que a continuación le goteaba desde la nariz. Se quitó los anteojos para limpiárselos. De no ser por aquella mujer, habría estado contento de encontrarse allí a pesar de todo. Ella era incapaz de apreciar la atmósfera de aquel lugar solitario. Suspiró y se dirigió a su grupo de alumnos.

—La señorita Stevens está preocupada por Jonquil Winters —les dijo—. ¿Alguien tiene idea de dónde puede estar?

—¿Jonk Winters, señor Roberts?

—Sí, eso he dicho.

—Pregúntele a Bill Smith.

—¿Y por qué voy a saberlo yo? —Bill estaba enojado. Si a él le gustaba Jonk Winters, era cosa suya. Los profesores no tenían por qué saberlo.

El señor Roberts pensó que ya tenían suficientes problemas, así que no habló más del asunto.

Jonk miró a su alrededor. El bosquecito se alzaba sobre un montículo muy bajo, algo chato, con una estructura tan uniforme que bien podría haber cubierto las ruinas de un edificio

pequeño, un templo tal vez. Pero de este salían varias elevaciones, como los rayos de una rueda, o los de un sol. Jonk las contó. Había cuatro elevaciones rectas y una más corta y curva. Aunque más que una rueda, parecía una mano gigantesca entre cuyos dedos se erguían los árboles.

¿Y si de verdad era una mano? ¿Y si se cerraba con ella dentro? La idea le hizo levantar la cabeza bruscamente. Ahora tenía el pelo mojado. Le caía sobre los hombros en mechones oscuros, y sobre la frente le caían otros en punta, formando un flequillo. Su propia imaginación la estaba asustando, pero Jonk no pensaba ceder al miedo. Estaba resuelta a dar la vuelta al bosquecito.

Desde el montículo pisó una de las elevaciones, pero puso el pie demasiado cerca del borde, y la tierra, empapada por la lluvia, empezó a desmoronarse. Fue a dar un salto, pero la presión añadida provocó un pequeño deslizamiento de tierra a sus pies, que la hizo caer de bruces entre los dedos de aquella mano verde. Entonces tuvo la sensación de que la mano se cerraba, y estuvo a punto de gritar para pedir ayuda, pero se alejó arrastrándose y vio que no se había hecho daño.

Se puso de pie delante de aquella mano verde y se inclinó para sacudirse el abrigo. Al hacerlo, allí donde la tierra negra se había desmoronado vio algo que brillaba.

La bocina volvió a reclamar; era igual de fastidiosa que la señorita Stevens. En un arrebato de rabia, se dirigió a grandes zancadas hacia la «V» que formaban las elevaciones cubiertas de hierba y se agachó para agarrar aquel objeto resplandeciente. Pero al extender la mano, se detuvo. El objeto era como una cinta amarilla enroscada que brillaba. A lo mejor era un montón de gusanos medio enterrados. Luego vio que no, que era

algo metálico. Arrancó una hoja de un helecho, la dobló para que quedara rígida y, dándole unos golpecitos con ella, acabó de desenterrarlo. Era algo redondo, grande como la palma de su mano, y consistía en unas cintas metálicas que se retorcían y ensortijaban formando un dibujo sin principio ni fin. Parecía un broche. A lo mejor era uno antiguo, y a lo mejor de oro. Era todo un hallazgo, eso seguro. Jonk pensó que había hecho bien en explorar aquel templo de troncos.

Lo levantó del suelo; la tierra que quedaba entre los resquicios se desprendió al girar el objeto entre las manos. La forma del dibujo era nítida, y en medio de las cintas metálicas entrecruzadas se distinguía la figura de un hombre de pie con las piernas juntas y los brazos extendidos. Un bucle de metal conformaba la cabeza.

Ahora ya podía regresar. La mano verde le había hecho un regalo. Ya no le parecía tan arisca. Jonk sonrió levemente al agacharse para frotar el broche contra la hierba de una de las elevaciones. La hierba era corta y fina, y la tierra, mullida. La apretó y cedió. ¿Habría provocado otro deslizamiento y, con este, hallaría otro tesoro?

Se disponía a apretarla otra vez, cuando la hierba empezó a arrugarse, como si fuera a apartarse por decisión propia y evitarle a ella la molestia de hacerlo. Pero no llegó a partirse. Una onda recorrió la elevación y, de pronto, con un leve sonido, como si el subsuelo suspirara, se formó un bulto en medio. Jonk se echó atrás bruscamente. El movimiento cesó. La elevación estaba completamente inmóvil. El bulto del centro era muy bajo y quizá había estado allí en todo momento. Quizá, al agacharse, se había mareado y se lo había imaginado. Pero tenía miedo. Reconoció que tenía miedo. Había llegado el momento de marcharse.

Miró hacia los árboles que ocultaban el autobús, tratando de distinguir alguna cosa en la oscuridad bajo los árboles. Pero no había atisbo de luz ni de movimiento.

No obstante, en ese momento, a unos cincuenta pasos de allí, entre ella y los árboles, divisó algo que sobresalía de la fronda y los helechos aplastados. Debía de tener las patas delanteras apoyadas sobre un montículo, pero aun así era demasiado grande para ser un perro. Una melena negra y densa daba una apariencia enorme a la cabeza. Y apuntaba directamente a ella, con un hocico negro y alargado.

Jonk notó una palpitación en la garganta. Le costaba respirar. En ese instante la bocina volvió a sonar, y el perro volvió la cabeza. Solo era un perro. Si se dirigía hacia él sin mostrar miedo, no la atacaría. Pero cuando aquel volvió la cabeza hacia ella otra vez, arrugó el hocico y dejó a la vista una hilera de dientes amarillos. Jonk lo oyó gruñir a la vez que desaparecía entre los helechos y sintió pavor.

Al dar el primer paso topó con una rama rota, con la que se enganchó el pie y tropezó. Cayó a cuatro patas y, al intentar correr antes de levantarse, huyó entre los helechos dando traspies, alejándose del perro y del autobús que tenía que llevarla a casa.

Justo delante vio una senda abierta por un conejo. Decidió seguirla, pues le permitiría moverse más deprisa y con menos ruido. Sin dejar de correr, giró siguiendo otra senda, aguzando los oídos. No oía nada, pero el perro podía estar pisándole los talones silenciosamente. Miró atrás y cayó de bruces. Se llevó las manos a la cabeza y encogió las piernas.

Pero no hubo ataque. Con la respiración entrecortada, se quitó las manos de la cabeza y prestó atención. Nada. Se levantó y escrutó el brezal. No había rastro del perro. Miró hacia el

bosquecito. Los árboles temblaban. No había viento, pero las ramas más altas y finas se agitaban y los troncos daban sacudidas, como si una cosa gigantesca se hubiera enroscado en ellos y quisiera arrancarlos de raíz.

Entonces, en alguna parte cerca del bosquecito, el perro aulló.

Oía el aire pasando por su garganta mientras corría siguiendo un círculo amplio que la conduciría hasta el grupo de amigos. El aullido del perro se extendió sobre el monte como la creciente oscuridad, y cuando cesó, Jonk oyó unos gruñidos a la vez que el animal reanudaba la persecución.

El perro la estaba buscando. De vez en cuando, Jonk veía la cola asomando como una bandera negra, pero al parecer no conseguía seguirle el rastro. Empezó a recuperar el dominio de sí misma, procurando avanzar con más sigilo y ponerse a cubierto siempre que podía, pero el perro corría formando un círculo cada vez más ancho; Jonk se había desviado y ya no corría hacia la principal zona de árboles, sino hacia una franja del bosque que se extendía monte adentro. Quizá allí estuviera a salvo.

Casi había llegado, cuando el perro dio con la senda que ella había seguido. A los pocos segundos la encontró. En medio de la extensión de helechos, Jonk enfiló hacia los árboles y echó a correr en zigzag entre los troncos.

Tropezó sin llegar a caerse, se enderezó y siguió adentrándose en el bosque. Pero era inútil: ahora oía el rumor que el animal hacía al correr. De pronto, un poco a la izquierda, casi oculta bajo la hiedra, vio una tapia y, tras esta, un tejado que asomaba.

Recorrió aquella distancia de una manera casi mágica. Lo hizo con una carrera en línea recta, como si volara, mientras el perro avanzaba serpenteando entre los árboles. Llegó a la tapia y se encaramó, hundiendo las manos entre las hojas de

hiedra, dando patadas en busca de un punto de apoyo. Cuando logró agarrarse bien, un pie resbaló sobre el ladrillo; puso todo su empeño en subir, pero el pie se topó con una rama, lo cual hizo que, muy despacio y con un leve crujir, la hiedra se fuera desprendiendo hasta dejar a Jonk otra vez en el suelo.

Con la melena negra erizada y las rojas fauces abiertas, el cánido se lanzó sobre Jonk al final de su feroz persecución. Al ver que la atacaba, esta gritó. El perro cerró las fauces mordiéndole el brazo. Con el otro, Jonk agarró la melena áspera y tiró con todas sus fuerzas. El animal sacudió la cabeza y Jonk volvió a gritar, pero de dolor.

Pese a darle patadas, el animal no se desprendía. Era un hecho: estaba siendo presa de un animal salvaje. Este empezó a retroceder entre los árboles, arrastrándola con él. Jonk gimoteaba. En un momento dado, consiguió agarrarse con el brazo a una rama baja, pero el dolor de los dientes clavados en la carne era insoportable y se soltó.

Gritó por tercera vez.

De pronto, entre la hiedra del muro se abrió una puerta y apareció la figura menuda de una mujer. Dio un par de pasos y se detuvo.

Al verla, Jonk le pidió auxilio. Pero la mujer no se inmutó. —¡Por favor! —gritó Jonk—. ¡Por favor!

En el brazo notó la vibración de un gruñido procedente de la garganta del animal. Jonk tenía la boca abierta, a punto de volver a gritar, pero no emitió sonido alguno. Un silencio sepulcral dominaba el bosque.

Entonces sucedió. Se oyó un chasquido como el de un látigo. El perro abrió las fauces, soltó el brazo y huyó ladeándose. Se retorció, tratando de morder algo que Jonk no veía. Se oyó otro chasquido y el perro saltó mordiendo el aire. Se oyó un

nuevo chasquido, y otro y otro, y el perro se contorsionaba y saltaba. Hasta que acabó en el suelo, retorciéndose, incapaz de seguir luchando, asustado.

Debido a la penumbra en que estaba sumido el bosque, Jonk no distinguía qué golpeaba al perro. Oyó una respiración a su lado y algo le rozó el brazo. Jonk se echó hacia atrás del susto. Pero era la mujer. Era delgada y vestía de negro. Estaba de pie junto a Jonk, pero no la miraba.

Con la falta de luz, su rostro era apenas una forma pálida con dos sombras por ojos. Pero sus manos, cerradas en puños bajo la barbilla, emitían un leve destello cuando las movía, como si diera unas sacudidas breves y extrañas. Y con cada una de ellas, sonaba el chasquido.

El perro retrocedió, alejándose torpemente, tropezando contra los troncos de los árboles. La mujer seguía haciendo resallar el látigo con las manos, que centelleaban a cada sacudida.

De la lejanía, de las entrañas del bosque, les llegó un débil silbido. Jonk volvió la cabeza. El perro se alejaba sigilosamente, adentrándose en la noche de la espesura, y la negrura del pelaje se fundió en la oscuridad. Luego, silencio.

Jonk levantó la vista al tiempo que la mujer separaba las manos y las dejaba caer. Esta tenía ladeada la cabeza, con un gesto de atención. Volvió a oírse el silbido, aunque algo más lejos. El perro se alejó abriéndose paso entre la maleza, y el silencio volvió a dominar el bosque.

En medio de aquel bosque invernal, las dos se quedaron inmóviles, hasta que Jonk, muy despacio, extrañada de no estar temblando, reaccionó y se puso de pie. La mujer se volvió hacia ella. Al tenderle las manos para ayudarla, sus anillos volvieron a titilar. Bajo la dureza de estos, la piel de las manos era seca

y de una calidez febril. Sin mediar palabra, condujo a Jonk al otro lado de la puerta sobre el muro de hiedra y, a su paso, la cerró. Pero no hacían falta palabras. Jonk sabía que aquella mujer la conducía a un lugar seguro.

Pasaron por un sendero de arena. La quietud del jardín no era como la quietud del bosque al otro lado de la tapia. Reinaba un sosiego que armonizaba con la perfección de unos pequeños setos bien cuidados que no llegaban a la altura de las rodillas y que flanqueaban la fina arena que rodeaba la casa. El cielo se había despejado, y las estrellas brillaban en lo alto. En la casa crepitaba un fuego.

La mujer encendió una luz al entrar. Aún tenía la mano de Jonk en la suya cuando se volvió hacia ella. Esta notó que la presión de sus dedos cambiaba nerviosamente. Era menuda. Y aun con tacones, apenas si era más alta que Jonk. Su pelo negro era tan corto y fino que se le amoldaba a la cabeza como un casco. Tenía unos ojos grandes y azules que se movían con rapidez al mirarla, y una boca pequeña en la que asomó una media sonrisa que desapareció y volvió a aparecer. Llevaba un vestido negro y, aparte de los anillos, ninguna joya más.

—Podría haberte avisado de que ese perro andaba suelto —dijo—. Su dueño se cree que me puede retener dentro de casa soltando a esa bestia.

Hizo una mueca mordiéndose el labio inferior, como si tuviera miedo, pero luego se rió. Era la risa de quien conoce bien el mundo y, además, una risa halagadora, porque aquella mujer trataba a Jonk como a una igual, como a alguien que sabía lo que ella sabía.

Sin embargo, parecía obviar lo que a Jonk le había sucedido. Esta hizo un gesto de dolor.

—Me duele el brazo —dijo.

Las arrugas que habían asomado con la risa se desvanecieron, las cejas negras se fruncieron y, bajo el maquillaje, el rostro de la mujer se ruborizó.

—¿Te duele?

—Sí. Me duele —dijo Jonk frunciendo el ceño a su vez, enojada por tener que explicar algo tan evidente.

—Ese perro... —dijo la mujer y luego calló, como si algo la desconcertara.

—¡Habría que pegarle un tiro!

—¿Un tiro?

¿Acaso era estúpida aquella mujer? Tenía los ojos muy abiertos, una mirada cándida, como si no la entendiera.

—No importa. ¿De quién es ese perro? —preguntó Jonk.

Por un momento, ella dominaba la situación y pensaba exigir una respuesta a aquella mujer boba. Pero esta cambió el gesto. Relajó el ceño, puso la boca seria y no le respondió.

—Yo me llamo Elizabeth Goodenough —dijo con la voz y la mirada firmes—. ¿Y tú?

—Jonquil Winters.

—¿Me conoces?

—No.

Pero Jonk no estaba segura. En aquel rostro y aquel casco de pelo negro había algo familiar, algo que Jonk reconocía.

Sin decir más, Elizabeth Goodenough la llevó desde la entrada hasta la sala donde ardía el fuego. Jonk se quitó el abrigo y, bajo la luz de una lámpara de mesa, Elizabeth Goodenough le apartó la manga y le examinó el brazo. No había herida en la piel, pero la magulladura empezaba a amoratarse. La mujer le dio un masaje. La sala estaba caliente, pero Jonk tiritaba.